CAPÍTULO I

**EZEQUIEL Y ORIANA**

En la fastuosa terraza inundada de sol, desde donde se aprecia

espléndidamente Buenos Aires y el Río de la Plata, el ingeniero Ezequiel

Ulises Arias limpia las lentes del binocular con el mismo cuidado y la

misma ternura que un padre tiene para un hijo muy querido, aunque él

no pueda saberlo porque no tuvo hijos. Enfoca la costa uruguaya. El río

está algo picado, dice. Junto a su mujer acaba de regresar del habitual

paseo por los bosques de Palermo, donde fueron asaltados por dos

atorrantes. Ronroneando, el gato siamés se le refriega en el pantalón.

El hombre se sienta y el animal salta a su regazo exigiendo las caricias

que no se hacen esperar. Ella le alcanza un calmante para que se

tranquilice y le pregunta que tenía en la billetera. Sólo dinero, nada más.

¿Y a vos?... Todo, el collar, las pulseras, el reloj. Espero que el reloj sepan

revenderlo bien. Les darán moneditas. Las monedas ya no existen, hay

pero no existen. Ah… Él respira hondo para calmar su agitación…

Terminamos repitiendo lo que dice todo el mundo: al menos no nos

mataron… Mediocridad, tu futuro es decadente y terminal, diría el bardo

de Avon…

Últimamente al hombre alto y espléndido lo ha ganado el

desaliento y el desinterés por las cosas de la vida; él mismo lo ha notado,

y le preocupa. Ni hablar de los asaltos y agresiones a toda hora y en los

lugares que uno creía seguros… Esto suma, sin duda… Contentarse con

que a uno no lo maten es… ¿Cómo se ha llegado a esto?... Mira la

computadora que siempre deja funcionando en el protector de pantalla;

allí los rostros de sus actrices preferidas de la época de oro del cine le

sonríen levantándole el ánimo. Sí, quizás convenga decirle a su mujer

Oriana que tiene ganas de ir a un cine, al teatro... Esto lo piensa para

superar el mal momento del sorpresivo asalto que aún le dura. Por suerte

no salieron con los documentos y sí con algo de efectivo. Cuando el

desdentado le mostró el revólver creyó que se desvanecía. Debo ir al

médico, piensa. No estaría mal ir al Colón... Ver la cúpula del buen

maestro y mejor amigo Soldi... Un fuerte dolor en la espalda, más

precisamente en la cintura lo obliga a ponerse de pie y caminar para

aliviarse un poco. Yergue el rostro para que el sol le de pleno y le

mantenga ese particular bronceado que lo distingue. Al verse devuelto

a las baldosas, el gato se muestra ofendido, y desdeñoso se pierde

en el living. Oriana, ya más calma por el susto sufrido, no deja de jurar

y rejurar que nunca más volverán a pasear por esos lugares.

Destacándose mucho más joven, deposita en la mesa blanca la

bandeja con el té. Ponete la gorra, que un vientito en la cabeza te

resfría de nada. Ella va hasta la enorme jaula que a su vez contiene

muchas otras para que los pájaros dispongan de un espacio privado

sin necesidad de atacarse. La variedad es mucha y todos están

cómodos y a sus anchas insultándose desde lejos evitando así

fricciones y desgastes psicológicos. Entra. En los canteros echa

zapallito y lechuga a tres majestuosas tortugas, saluda con distintos

silbidos a picaflores, cardenales, calandrias, cacatúas de espléndido

penacho, dos loritos agapornis llamados los pájaros del amor que

trajeron de áfrica y aún no se han aclimatado del todo, un doradito

copetón, cotorras, canarios, una pareja de tucanes que se saben los

jefes del ambiente, y un larga cola que, a pesar de las explicaciones

reiteradas de Ezequiel acerca de que ya lo tiene podrido el mal olor

que largan los bichos y que ese pájaro es de la familia de los calurus

pero no un quetzal ya que apenas si habrá uno o dos en plena selva

guatemalteca, ella igual insiste presentándolo a las visitas como un

quetzal auténtico; y lo dice con pena porque el ave ya tiene sus años

y en cualquier momento puede ser pretérito. Verifica que Anita, la

mucama, haya renovado alpiste y que la batea en la que los bichos

beben esté limpia, con suave ademán espanta a las palomas que se

han posado en sus hombros y con un movimiento del pie aparta los

conejos. Sale. Va hasta el atril donde la espera el cuadro que está

pintando. Ahora, luego de haber superado distintas etapas temáticas

como «estudio de figuras», «naturaleza muerta», «detalles ignorados»,

«caos abstracto», «el triunfo del espíritu», Oriana está feliz con el logro

de la serie «paisajes de ciudad». Le da una pinceladita a una cúpula,

y luego guarda todo bajo techo temerosa del cielo gris que anuncia

lluvia fuerte. Con la gorra puesta, él piensa que si los amigos no llaman,

debería llamar él, no desligarse de las relaciones. Uno se va quedando

solo, y eso es malo. Cuando estaba en actividad lo abrumaban los

compromisos. Ahora, retirado desde hace un tiempo luego de haber

trabajado hasta edad avanzada, día a día debe conformarse con el

recuerdo. Y esto no le gusta. Pregunta:

-¿Qué habrá sido de Alcibíades?... Mirá vos, pensaba en él sin

ningún motivo... ¿Cuánto hace que llamó la última vez?... El año pasado

no llamó, ¿no?... La pucha, cómo pasa el tiempo...

Ella le alcanza la taza con el té. Aparece la mucama con la pastilla

que debe tomar Ezequiel, de paso informa que el veterinario avisó que

pasará una hora más tarde. Oriana unta unas tostadas con jalea de

frambuesa:

-... Y... Debe haber sido... ¿Hará más de un año, más o menos,

o más?... La vez pasada Golda me preguntó por él… ¿Sabés?, creo

que Golda se está volviendo a ver con Rosendo... Al menos me lo

insinuó…

-Siempre te dije que fue un error de ella la separación… Él nunca

le cuestionó nada. Y eso ella no supo valorarlo. En fin, es cosa de ellos,

pero si se recomponen, mejor así. Reconozco que él vive para la empresa…

-Y se olvidó del hijo… Ella se lo crió como si fuera la verdadera

madre…

-... Ah, decime, ¿Anita le dijo a Felipe que limpiara la piscina?

Mirá que quiero nadar un poco... ¿No es la pastilla roja la que me toca

ahora?...

- Ya fue el martes pasado... La roja te toca a la noche, ahora

tomate esa que te trajo Wendy... El sábado viene Anita a limpiar porque

el viernes no puede, no sé... La que llamó fue Maru, dice que un día de

estos nos cae a cenar… Le dije que se viniera un fin de semana y se

quedara... Tendrías que ir al club, jugar a las bochas con tus amigos, un

poco de billar no te vendría mal... Felipe me dijo que los perros y las

plantas están bárbaros... Arregló los caminitos... Lo que me dijo es que

el año que viene convendría podar los árboles... No sé... ¿Vos qué decís?

-Y... Qué sé yo... Si hay que hacerlo… No dejo de pensar en la

oferta de Sebastián... Si vendemos ¿para qué vamos a podar?, que decida

él... ¿Y al final hizo la denuncia?...

-Yo creo que hay que vender, te digo... Para mí, deberíamos

quedarnos a vivir en Punta… Allá estamos muy bien, sin miedos. Sólo

vamos cuatro o cinco veces por año y cuando debemos regresar nos

cuesta irnos… Además ahora vos ya no tenés obligaciones…, por ellas

era que volvíamos…

-Me daría pena irme... El crimen en el country no tiene nada que

ver con la inseguridad... Fue algo personal, privado… Yo no me

preocuparía, aunque, ya no sé qué pensar..., la verdad… Robos,

secuestros, cortes de calle, piqueteros..., y la policía con balas de

mentiritas… Estamos en medio de un quilombo infernal…

-Sebastián hizo la denuncia, pero dice que no se comprará otro

auto con el seguro, que usará el Peugeot viejo, total...

-Igual ya no estamos para estos trotes... Cada vez se me hace

más pesado manejar el Bentley... La oferta de él es buena, digo, para la

casa. El Mercedes también le gusta…

-Te digo: yo vendería. Lo que se avecina no me gusta. No se puede

confiar ni en los bancos… La vecina de enfrente me dijo que han visto

gente rara… Y los Ruggeri me dijeron del secuestro de un empresario,

que no se comentó. Decidieron pagar vigilancia extra…

- Ja... Los guardias son los mismos chorros. Te conocen vida y

milagro y después te afanan mejor... Acordate de Chaplin cuando con

«el pibe» va a romper vidrieras para tener trabajo... Es la misma

historia... Vivimos entre hijos de puta y pelotudos…

-… Hay gente buena…

-Son lo mismo, apenas si existen, o viven al pedo… Y lo peor es

que ni se dan cuenta…

Ezequiel bebe y deja la taza en el platito, se pone de pie. Agarra

el binocular y observa en panorámica. Busca la mujer que le gusta, la

del balcón del edificio de ladrillos rojos. La halla. A pesar del tiempo

algo nublado, como lo hace habitualmente, ella se ha desnudado por

completo para recibir los débiles rayos de sol. Ahora observa el río:

-Parece que vamos a tener niebla... ¿Y si nos vamos a pasear a

Europa?... Me gustaría ver París, Praga... También deberíamos ventilar

el depto de Nueva York…

-Y..., podría ser... Quiero verla a Maru, nos tiene abandonados...

Dice que viene pero no viene nunca...

-Pobrecita, tendrá sus problemas... El mes que viene cumple

años...

- Ya estuve viendo qué regalarle. Vi un lindo... Mirá, Eze, la verdad

es que si yo tuviera que decidir, yo me iría a Punta, ya, de una buena

vez… Aquí no vivimos cómodos, vivimos con nervios… La verdad es que

quisiera irme ahora mismo… Si vos querés vamos a Nueva York… O a

París, donde sea, pero ya-ya… Están secuestrando empresarios. La droga

maneja todo… Tengo miedo… ¡Estoy harta de los cortes de luz, de las

inundaciones!... Hastiada de intendentes que dicen ayudar a los

inundados y engañan publicando sus fotos viejas de otras inundaciones,

cuando en verdad están veraneando en Brasil, o paseando en camello

sin importarles el sufrimiento de la gente, ¡y aún siguen en los cargos!

Y hablan de ¡crecimiento-histórico y crecimiento-histórico!, y en las

provincias se mueren de hambre… La otra semana, acá nomás, a una

cuadra, la mujer fue a sacar la basura; y la tomaron de sorpresa y

entraron y robaron todo y encima los asesinaron. ¿Qué vamos a esperar?,

¿Qué nos suceda a nosotros?... Esto jamás se arreglará, Eze… No se

respetan las leyes… Hay periodistas que se fueron a otros países. A

China le han comprado trenes a muchísimo más valor del mercado, le

han regalado provincias… Esto es una monarquía y nosotros somos un

pueblo timorato ¡sin lucidez ni patria!… Y encima son corruptores de

menores… Me quiero ir…

Él, por toda respuesta levanta las cejas; en la lengua humedece

el índice, se agacha flexionando las rodillas y sosteniéndose de la mesa

para evitar contratiempos en la espalda, más precisamente en la cintura,

presiona sobre una basurita que se le queda adherida al dedo; con

cuidado la echa dentro de una maceta. Luego se sienta, acaricia la pareja

de siberianos y arrima la notebook. Le echa una mirada atenta a los

portales periodísticos. Luego responde los mails que le importan y deja

que el protector de pantalla muestre a las diosas. Ori le agarra una mano,

la aprieta. Con la mano libre, él cliquea en Google; en el buscador escribe

su nombre para ver si hay alguna novedad sobre su persona.